EMBAJADA

por Joaquín CALVO-SOTELO

De la Real Academia Española

HE recorrido los mismos salones en los que viví, como refugiado, amargos meses de mi vida en plena guerra, mientras Madrid, estremecido de angustia, soñaba con la aún remota liberación, invitado a un "cocktail" por sus gentilísimos dueños de siempre.

Ahora, unos cuantos amigos deambulaban a un lado y a otro bebiendo whisky apaciblemente, hablando y discutiendo de los temas del día, admirando—que hay muchas cosas que admirar—cuadros, tablas, libros y tapices. Yo evocaba, irremediablemente, aquel enero de 1937, sangriento y duro, la calle del Prado, entrevista desde las persianas cerradas; las patéticas colas enroscadas a la panadería próxima, el vivac de los guardias de asalto en el portalón inmenso, el lejano biombo de las detonaciones en el Hospital Clínico, los coches con las insignias en las portezuelas de las organizaciones revolucionarias, la oscuridad, el pavoroso silencio, todo eso fuera y dentro; el hormiguero de los seiscientos seres—hombres y mujeres, jóvenes y viejos—almacenados inverosímilmente en aquel exiguo recinto y expuestos, en cualquier minuto, a la delación y a la muerte.

Yo explicaba a mis anfitriones cómo aquella sala, que llamábamos Amadís, alojaba cincuenta refugiados, cada uno en su petate, cada petate en su tasado rectángulo, y cuál era la del Gineceo, en la que, por concesión especial, había transcurrido alguna luna de miel, y cuál otra la que se convirtió en capilla ardiente. La enorme mesa del comedor era la misma de entonces, pero declaro que jamás había visto sobre ella otra cosa que unos cuantos tasados mendrugos de pan, una sopa de sémola y unos boniatos. Como si de un fenómeno de espejismo se tratase la veía ahora florecida en ricos y abundantes manjares y no daba crédito a mis ojos.

En el censo de los refugiados figuraban muchos nombres conocidos del mundo de la política, de las letras, de la aristocracia, como dirían los cronistas de sociedad, que por sí sólo justificaban, sin explicaciones complementarias, la necesidad de amparo; pero había otros anónimos, vulgares, que, sin que supiéramos bien por qué, poblaban aquellas inacabables listas. No era, sin embargo, un pueril temor, un inventado miedo lo que les había inducido a buscar refugio, sino el apremio de escapar a amenazas y riesgos muy precisos. Esto demostraba cómo las ondas del terror iban ensanchándose a medida que pasaba el tiempo y apresando gentes que en un principio, por su aparente inocuidad, no tenían que temer a nadie.

Me expuse y abrí uno de los balcones. La tarde era una tarde más bien friolera y desapacible, y, en un primer momento, nadie comprendió por qué lo hacía; pero es que aquellos balcones, cerrados durante todos los meses de voluntaria reclusión para que los transeúntes creyeran la casa vacía, habían llegado a obsesionarme. Los abrí, pues. Madrid estaba en paz, en absoluta paz. Gentes normalmente vestidas—lejos ya aquellos siniestros uniformes de la F. A. I.—, tranquilos viandantes, alguna pareja de enamorados, poblaban la calle, recorrida por numerosos automóviles. El portero paseaba una mirada distraída sobre su paisaje inmediato.

El portero de entonces nos tenía a todos atemorizados. Le complacía cantar nuestras postrimerías cuando asomábamos el rostro. Las nuestras personales y las de nuestra causa. Los porteros, salvo sus excepciones y sus héroes, representaron un papel tétrico en el Madrid rojo. Seguramente fueron objeto de especial coacción; pero, por temor o de modo espontáneo, abrieron muchas veces con sus denuncias, paso al pillaje y al crimen.

El mundo de las Embajadas—yo le dediqué una comedia: "La vida inmóvil"—era un mundo terrible. Margen para el humor y para el amor lo hubo, como siempre acontece aun en los más enrarecidos ambientes; pero su tónica dominante fué otra: el miedo, de un lado; del otro, el egoísmo. Se llegaba a las Embajadas después de burlar, como se podía, el cerco de las organizaciones terroristas. La última trinchera estaba en el mismo portal de la Embajada, porque nunca se sabía bien si el retén que la custodiaba tenía por misión impedir que se escapasen los que habían entrado o que entrasen los que se querían esconder. El desfile ante los guardias de asalto encanecía los ánimos más templados. La pausa inevitable desde el momento en que se tocaba el timbre a aquel otro en que se abría la puerta, duraba siglos. Se pedía del embajador, la primera noche, el estricto espacio necesario para guarecerse, aunque fuera de pie. Ya la segunda se aspiraba a dormir tumbado. La tercera se miraba con mala cara al intruso que osaba refugiarse. "Presume de perseguido", se decía con desdén. Se le miraba con mala cara, sí, porque venía a disputarnos el espacio, recortado; la comida, escueta, y a poner en peligro la seguridad de todos. La buena educación cobró una importancia trascendental. Una vez más se puso de relieve que estar bien o mal educado es decisivo para las relaciones humanas tanto como el ser heroico o generoso, y no porque en la escala de valores le corresponda a la educación la primacía, sino porque, normalmente, lo que nosotros pedimos de nuestros congéneres, y ellos de nosotros, no son las grandes actitudes, las dramáticas reacciones, sino esas minúsculas delicadezas, esos pequeños detalles que, si faltan, acaban haciendo intolerable la convivencia.

Para poder dormir treinta personas de diversas edades y fortunas en una habitación de cinco metros por cinco, no con el ánimo festival y jocundo de la romería, no con la disciplina del cuartel, latente al exterior la amenaza del asesinato sin sumario, se necesita, primordialmente, educación. El diagnóstico de cuantos conocí aquellas jornadas atroces no lo he rectificado nunca. Los análisis eran tan exhaustivos que no daban margen alguno para errores.

Hoy este criado de frac que me ofrece una copa me sorprende tanto como la holgura con que circulo por aquellos salones, aun siendo muchos los invitados. Se pasea uno fluidamente, de una habitación a otra, sin temor a pisar a nadie ni a tropezar con nadie. El criado, sí, me extraña, porque en aquella comunidad aglutinada por la persecución roja todos fuimos criados de todos y esencialmente de nosotros mismos, pero ninguno a título profesional ni estable. ¡Qué raro que alguien me pregunte si quiero beber, que alguien me entregue el sombrero cuando me voy y llame al ascensor!...

Mis anfitriones me han visto todo el tiempo con el rostro estuporado y distante, la memoria en los viejos fantasmas desvanecidos, el ánimo ausente. Me han visto, en suma, perdido en el foso de los veinticinco años pasados desde aquellas fechas que tantas abiertas cicatrices dejaron en el espíritu. Entonces nos decíamos: "¡Cuándo podremos pasear, ir a un cine tranquilos, o a comer a una tasca cualquiera!" Ese era nuestro "desideratum", nuestra hiperbólica ambición...

La libertad y la salud, los dos bienes esenciales del hombre, se añoran si nos faltan, pero se menosprecian o nos pasan inadvertidos cuando los tenemos.

Me despedí de mis anfitriones. La noche iba camino, como tantas otras, de ser anodina y gris. Pensé que no tenía derecho a quitarla valor. "¡Cómo la saborearía si estuviésemos en 1937!", me dije para mis adentros.

Y el caso es que esa sola reflexión sirvió para que, de pronto, cobrase un relieve enorme. Cené sobriamente y vi después, en un cine cualquiera, una película policíaca. Poca cosa... Pero me sentí dichoso.